

Divulgóse rápidamente la fama de la victoria de Ceriñola: rindiéronse Canosa, Melfi y multitud de otras poblaciones; y Gonzalo, que no era de los guerreros que se dormían sobre los laureles, marchó derecho sobre Nápoles. Esta población versátil, sin valor y sin fe, que en poco más de ocho años había aclamado con igual regocijo seis reyes, Fernando I, Alfonso II, Fernando II, Carlos VIII, Fadrique III y Luis XII, se hallaba dispuesta á darse con el propio entusiasmo á Fernando el Católico, y envió una diputación de nobles y ciudadanos á ofrecer á Gonzalo de Córdoba las llaves de la ciudad, pidiéndole solamente que les confirmara sus derechos y privilegios. Así lo prometió el Gran Capitán á nombre de su rey, y al día siguiente hizo su entrada pública en Nápoles, con el mismo aparato que si fuese el monarca en persona (16 de mayo, 1503), siendo llevado bajo un palio por los diputados, sembradas de flores las calles y coronados los edificios de gente, que contemplaba con asombro al gran guerrero que había abatido el solo todo el poder de la Francia.

Quedaban todavía los dos castillos que dominaban la ciudad, bien pertrechados de gente, de vituallas y municiones. Era menester rendir aquellas dos formidables fortalezas, y allí le volvió á servir el sistema de minas en que tanta reputación había adquirido el ingeniero Pedro Navarro. A los cinco días



DOS SICILIAS

REYES CATÓLICOS

por lo serio: la soldadesca se encaminó al palacio del príncipe de Salerno en que se alojaba Gonzalo, y desde los magníficos salones hasta las cuevas, no quedó alhaja, ni mueble, ni artículo de lujo ó de boca que no consumieran ó arrebataran.

El otro castillo, Castello d'Ovo, minado igualmente por Pedro Navarro, cayó también á las pocas semanas con horrible estrépito, un día antes que llegara una escuadra francesa que iba á socorrerle. Retiróse la armada á la isla de Ischia, y encontró también enarbolada allí la bandera española. El ilustre Aubigny se había rendido con los restos que pudo salvar en Seminara: los dos Abruzos, las provincias de Capitanata y Basilicata, todas se habían sometido, á excepción de Venosa, donde se mantenía Luis de Ars con alguna gente, y de Gaeta, donde se había refugiado Ivo de Alegre con las reliquias del ejército derrotado en Ceriñola. Aquí se habían acogido los principales barones angevinos, los príncipes de Bisignano y de Salerno, el duque de Ariano, el marqués de Lochito y otros personajes, y aguardaban al de Saluzzo con un ejército francés. A Gaeta se encaminó también el Gran Capitán, llamando en su ayuda á Pedro Navarro, á Fernando de Andrade, á Hugo de Cardona y á los principales caudillos españoles, con objeto de apoderarse del último asilo del partido francés en Italia.

Tan rápidas habían sido estas conquistas, que casi al mismo tiempo y con cortísimo intervalo recibió Luis XII de Francia la noticia de haberse negado el Gran Capitán á reconocer el tratado de Lyon, de la derrota de Aubigny, del desastre de Ceriñola, de la entrada de Gonzalo en Nápoles, de la rendición de los castillos y de la sumisión de casi todo el reino napolitano. Quejóse amargamente el francés al archiduque Felipe de palabra, al Rey Católico por escrito, de la infracción del convenio, pidiendo la correspondiente indemnización. Disculpaba el archiduque su inocencia, y aun le costó una enfermedad el sentimiento del deshonroso papel que se le había hecho representar en este negocio. El rey don Fernando contestó que no hubiera podido nunca ratificar un pacto ajustado contra sus instrucciones y contra sus intereses, pero procuraba entretener al francés con la esperanza de un arreglo definitivo basado sobre la restitución del reino de Nápoles á don Fadrique. Este artificio, de que ya antes había usado,

(21 de mayo) reventó con horrible estruendo la que se había practicado debajo del Castillo Nuevo, viniendo al suelo una gran parte de la muralla, por cuya boca penetraron el Gran Capitán y Pedro Navarro embrizados los broqueles, antes que la guarnición tuviera tiempo de levantar el puente levadizo. Siguiéronles los soldados, y se trabó un reñido y furioso combate, en que los españoles peleaban con hachas, espadas, picos, machetes y todo género de armas, los franceses se defendían arrojando piedras, cal, aceite hirviendo y todo lo que la desesperación les ponía en las manos: cincuenta españoles fueron abrasados con proyectiles encendidos, lo cual embraveció tanto á sus compañeros, que arrojándose con furia sobre los del fuerte los degollaron á todos, excepto unos pocos que pudieron acogerse á la clemencia del Gran Capitán. Los soldados en premio de su arrojo y en indemnización de las pagas que se les debían obtuvieron licencia para apoderarse del inmenso botín de oro, plata, alhajas, provisiones y efectos de todo género que la gente rica del partido angevino había acumulado en la fortaleza. Y como algunos, menos afortunados ó menos diestros, se lamentaran de la pequeña parte que les había tocado en el despojo, *Pues id, les dijo Gonzalo como de chanza, id á mi casa, tomad lo que hay en ella, y os desquitareis de vuestra poca fortuna.* La invitación fué tomada

estaba lejos de ser suficiente á tranquilizar al burlado Luis, que no respiraba sino indignación, y en esta indignación tomaba parte toda la Francia, ofendida en su amor propio nacional.

Así fué que rey y reino se hallaron conformes en la necesidad de hacer un grande esfuerzo nacional para lavar la afrenta y reparar los infortunios de Italia. Pueblo y monarca pusieron en juego todo su poder, y en poco tiempo se levantaron tres grandes ejércitos franceses, uno para recobrar la Italia, al mando de La Tremouille, que había de entrar por el Milanesado; otro para penetrar en España por el valle de Roncal, mandado por el señor de Albret, padre del rey de Navarra; el tercero para entrar en el Rosellon, conducido por el veterano mariscal de Rieux y apoderarse de Salsas, plaza fuerte y llave de aquellas provincias. Armáronse además dos escuadras en Génova y Marsella, una al cargo del marqués de Saluzzo para apoyar la expedición del Milanés, otra que había de obrar en la costa de Cataluña para proteger la invasión del Rosellon. Veamos el resultado de las dos expediciones al territorio de la Península.

El astuto y previsor Fernando el Católico había tenido buen cuidado de captarse la amistad del rey de Navarra, hasta el punto de haberle prometido este que se opondría al paso de los franceses por las fronteras de su reino. El señor de Albret (1), ó por no comprometer á su hijo, ó por hallar apercebidos á resistir su entrada los montañeses de Navarra y Aragón, además de una hueste que por disposición de la reina había acudido á Navarra con el condestable de Castilla y el duque de Nájera, mostróse ó atemorizado ó flojo, y redújose á ver desde Bayona irse menguando y deshaciendo su ejército entre las escaseces y los frios de aquellas rudas y ásperas cordilleras (2).

Mas resuelto el mariscal de Rieux ó de Bretaña, aunque achacosos y ancianos, hizo su entrada por Rosellon á la cabeza de mas de veinte mil hombres, si bien en su mayor parte

(1) El Sr. de Labrit, que llaman comunmente nuestros historiadores.

(2) Aleson, Anales de Navarra, t. V, p. 110 y sig.—Zurita, Rey don Hernando, lib. V, c. 40.

apresuradamente reclutados y sin disciplina, y cruzando aquella provincia sin resistencia puso sus reales delante de Salsas (16 de setiembre, 1503). Pero el rey don Fernando, en medio de los disgustos domésticos que le rodeaban y afligían, como la enfermedad grave de la reina, las extravagancias y delirios de la princesa doña Juana, y otros de que despues tendremos que hablar, no dejaba de atender á todas partes y á todos los peligros con su actividad y su energía acostumbradas. Inmediatamente ordenó que se reforzase la plaza, mandó acudir al Rosellon la gente de armas que se hallaba en el Ampurdan, y envió á Perpiñan al duque de Alba don Fadrique de Toledo con siete mil quinientos combatientes, en tanto que él se preparaba á salir en persona contra el enemigo. En efecto, tan pronto como la enfermedad de la reina le permitió ponerse en campaña, levantada cuanta gente pudo en el reino, á lo cual le ayudó grandemente la reina Isabel no obstante el fatal estado de su salud, sin descuidar al propio tiempo de interesar al emperador de Alemania y al rey de Inglaterra y de requerirlos á que tomaran parte en la guerra contra los franceses, se puso en Gerona con grande ejército de caballos y peones, y muy pronto emprendió el movimiento con toda su gente para incorporarse con la del duque de Alba, que se había situado en Ribasaltas (1).

Tenían los franceses muy estrechado ya el castillo de Salsas, derribado un trozo de la torre maestra y otro de un baluarte, aunque el duque de Alba y los caballeros de su hueste no dejaban de hacer los mas extraordinarios esfuerzos por socorrer los sitiados y molestar y hostilizar de mil maneras los enemigos, hasta provocarlos á batalla con ser los españoles tan inferiores en número. También los cercados se defendían valerosamente. En una ocasión colocaron varios barriles de pólvora bajo una de las bóvedas del castillo; dieron lugar á que los franceses entraran en aquella parte de la fortaleza, y cuando calcularon que estaba ya llena de gente encendieron la pólvora, saltó el baluarte y perecieron sobre cuatrocientos hombres achicharrados. Todos los días ocurrían entre sitiados y sitiadores combates y lances de guerra. En tal situación, y en peligro ya el castillo de Salsas, acudió el rey don Fernando con su grande ejército desde Gerona. Tan pronto como el mariscal de Bretaña supo que el monarca español se hallaba en Perpiñan (19 de octubre de 1503), aquella misma noche, lo mas calladamente posible, hizo trasportar á lomo la artillería camino de Narbona, y á la mañana siguiente levantó el campo poniendo fuego á las tiendas, y emprendió la vía de Francia, fingiendo siempre prepararse para hacer frente á los españoles que le seguían, pero dándose la mayor prisa á reparar aquellos desfiladeros. A pesar de su precipitación, todavía su retaguardia fué alcanzada por los nuestros en algunas angosturas, teniendo que dejar parte de su artillería y municiones. El rey don Fernando se internó en seguimiento de los fugitivos algunas leguas dentro de Francia hasta los mismos muros de Narbona, á cuyo abrigo los franceses se acogieron. Tomaron él y el de Alba algunas villas y fortalezas que saquearon y desmantelaron, y contento el rey con haber ahuyentado al orgulloso enemigo y vindicado el honor español, volvióse á sus dominios contento con el triunfo, y con los despojos recogidos en aquella breve campaña (2).

Recibió la reina Isabel estas lisonjeras noticias en Segovia por medio de los correos que tenía apostados para saber diariamente los movimientos del ejército. Temía tanto la piadosa Isabel las consecuencias de esta guerra, y afectaba ya tanto á su bondadoso corazón la sangre que veía derramarse en las luchas entre naciones cristianas, que además de rogar á Dios todos los días en la casa y en los templos que se dignara librarlos de tales calamidades, escribía á su esposo recomendándole con el mayor encarecimiento que viera de vencer á

(1) Bernaldez, Reyes Católicos, c. 197 y 198.—Cartas de Gonzalo de Ayora, c. 9.—Zurita, Rey don Hernando, lib. V, c. 45, 50, 51.—Abarca, Reyes de Aragón, Rey XXX, cap. 13.—Aleson, Anal. de Navarra, tomo V.

(2) Gonzalo de Ayora, cart. 11.—Zurita, Rey don Hernando, libro V, cap. 54.—Mártir, Opus ep. 264.—Abarca, Reyes de Aragón, tom. II, Rey XXX, c. 13.—Bernaldez, Reyes Católicos, c. 198.—Garnier, Historia de Franc. tom. V.

los enemigos á costa de la menos sangre que verter pudiese. Por fortuna en esta ocasión la conducta de los franceses ahorró á Fernando la necesidad de adfugir el espíritu de su benigna esposa con horrores y estragos.

Una estrella fatal parecía alumbrar á Luis XII en todo lo que emprendía contra España. La escuadra de Marsella destinada á proteger al mariscal de Bretaña en la costa de Cataluña, apenas salió al mar tuvo que regresar al puerto inhabilitada para maniobrar de resultas de una terrible borrasca que la inutilizó, que fué un gran contratiempo para los sitiadores de Salsas. Así el monarca francés aprobó y esforzó por medio de embajadores enviados á Perpiñan las proposiciones de tregua que ya sus capitanes habían hecho al Rey Católico. Y como Fernando hubiese cumplido su objeto y no tuviese interés en comprometerse en una guerra por aquella parte, accedió á ajustar una por cinco meses (noviembre, 1503), comprendiendo en ella los dominios naturales y hereditarios de los dos reyes, Francia y España, y no extendiéndose á Italia, donde ambos continuarían debatiendo con las armas sus respectivos derechos. Esta tregua se prorogó despues hasta tres años. Á este resultado habían contribuido como mediadores la princesa Margarita duquesa de Saboya, y el despoído rey de Nápoles don Fadrique: siendo de notar, como observa un ilustrado y discreto historiador, «que el último acto de la vida política de don Fadrique (3), fuera intervenir como mediador de paz entre los dos monarcas que se habían reunido para despojarle á él del suyo.»

Tales y tan humillantes y desdorosos para Luis XII y para el reino francés fueron los resultados de los dos ejércitos enviados contra España en un arranque de indignación y en un esfuerzo de patriotismo. Veamos la suerte que corrió el tercer ejército francés destinado á obrar en Italia, y volvamos otra vez nuestra atención á ese bello y desventurado país donde nos esperan acontecimientos importantes asombrosos y decisivos.

CAPÍTULO XVIII

GUERRAS DE ITALIA

Gonzalo de Córdoba en el Garillano

DE 1503 Á 1504

Nuevo y grande ejército francés en Italia.—El mariscal La Tremouille.—Detiéndose en Parma, y por qué.—Muerte del papa Alejandro VI.—Pío III y Julio II.—Dicho arrogante de La Tremouille, y su muerte.—El marqués de Mantua.—Avanza el ejército francés.—Medidas de defensa de Gonzalo de Córdoba.—Situase á orillas del Garillano.—Combates.—Puentes de barcas.—Lucha terrible en el puente.—Posiciones de ambos ejércitos.—Lluvias, inundación, trabajos, penalidades en las pantanosas estancias de los españoles.—Constancia y sufrimiento de las tropas.—Sublime modelo de paciencia del Gran Capitán.—Su objeto y sistema.—Poco aguante de los franceses para las privaciones.—Discordias en su campo: dimisión del marqués de Mantua.—El marqués de Saluzzo.—Célebre batalla y glorioso triunfo de los españoles en el Garillano.—Rendición de Gaeta.—Noble conducta del Gran Capitán.—Gonzalo en Nápoles.—Luto en Francia.—Indignación y venganzas de Luis XII.—Miserable suerte de los franceses.—Tratado de Lyon.—Conclusion de la guerra.—Elogio de Gonzalo.

Dejamos al Gran Capitán con la flor de sus guerreros delante de Gaeta, donde se había refugiado el comandante francés Ivo de Alegre con los restos del ejército derrotado en Ceriñola, y donde se habían acogido los condes y barones del partido angevino ó francés. Anunciamos ya que de los tres grandes ejércitos que la Francia había levantado para vengar el honor nacional abatido por el Gran Capitán en los campos de Ceriñola, uno de ellos, el mayor, fué destinado á Italia, juntamente con la escuadra que Luis XII mandó aparejar en Génova para proteger aquella expedición y socorrer á los de Gaeta. Iba la escuadra á las órdenes del marqués de Saluzzo, el ejército á las del mariscal La Tremouille, uno de los mejores generales de aquel tiempo, y tal vez el primer capitán de Francia. Fornaban parte de este ejército un brillante cuerpo de infantería suiza, otro de escogida caballería francesa, el mejor tren

(3) Murió al año siguiente.

de artillería que hasta entonces se había visto en Europa, multitud de nobles y caballeros de las más ilustres casas de Francia; entre todos cerca de treinta mil hombres.

Cruzó este ejército la Lombardia en el estío de 1503, mas detúvose al llegar á Parma con la noticia que se recibió de la muerte del papa Alejandro VI (18 de agosto), que si no alteró las relaciones de España, influyó mucho en la dirección y en las operaciones de los franceses (1). Porque aspirando el cardenal de Amboise, ministro favorito de Luis XII, á ocupar la silla pontificia, se dió orden al ejército francés para que avanzara hácia Roma. Indignó este movimiento al colegio de cardenales, interpretándole como dirigido á coartar la elección. Mas el Gran Capitan, ya excitado por el valeroso César de Borgia, duque de Valentinois, que empezaba á declararse por el Rey Católico, ya con pretexto de proteger la libertad del conclave, se dió orden al ejército francés para que avanzara hácia Roma. Indignó este movimiento al colegio de cardenales, interpretándole como dirigido á coartar la elección. Mas el Gran Capitan, ya excitado por el valeroso César de Borgia, duque de Valentinois, que empezaba á declararse por el Rey Católico, ya con pretexto de proteger la libertad del conclave, envió también á la Ciudad Santa una hueste mandada por Próspero Colona y por Diego de Mendoza. Las pretensiones del cardenal francés quedaron frustradas: se proclamó al cardenal de Siena, que tomó el nombre de Pio III; pero habiendo fallecido el nuevo pontífice al mes de su exaltación (2), fué elegido para sucederle en la silla apostólica el cardenal de San Pedro con el título de Julio II, hombre de genio turbulento y belicoso, el menos á propósito para restituir á Italia la paz de que tanto necesitaba, y por la cual Pio III había comenzado á trabajar.

Visto el resultado desfavorable de la elección, el ejército francés continuó su marcha al reino napolitano. Tal era la confianza que llevaba La Tremouille, que no tuvo reparo en decir: *Daria yo veinte mil ducados por hallar al Gran*

(1) «Murió, dice Mariana, de veneno con que el duque Valentin (el duque de Valentinois, César Borgia, hijo del papa) pensaba matar algunos cardenales en el jardín del cardenal Adriano Corneto, donde cierto día cenaron, y conforme al tiempo se escanció asaz. Fué así que por yerro los ministros trocaron los frascos, y del vino que tenían inficionado dieron de beber al papa y al dicho cardenal. El duque luego que se sintió herido, ayudado de algunos remedios y por su edad escapó: en particular dicen que le metieron dentro del vientre de una mula recién muerta, aunque la enfermedad le duró muchos días. El papa y cardenal como viejos no tuvieron vigor para resistir á la ponzoña. Tal fué el fin del pontífice Alejandro que poco antes espantaba al mundo, y aun le escandalizaba.» Hist. de España, lib. XXVIII, cap. 2.

«Espiró este pontífice, dice Prescott, siendo segun toda probabilidad víctima de un tósigo que él mismo había hecho preparar para otros, y concluyendo así una vida infame con una muerte no menos ignominiosa.» Reyes Católicos, part. II, c. 14.

«Murió, dice Zurita, del mismo veneno que el duque su hijo quiso dar al cardenal Adriano...» Y cuenta la misma historia de Mariana. Rey don Hernando, lib. V, c. 42.

Casi todos los historiadores refieren de la misma manera la muerte del papa Alejandro VI. Tal vez lo fueron tomando del florentino Guicciardini, escritor contemporáneo, que lo dejó así escrito en su Historia de Italia, lib. VI.—Aunque no hay quien pueda negar los testimonios contestes de los escritores sobre las desarregladas costumbres con que Alejandro manchó la pureza y dignidad del solio pontificio, no faltan quienes afirman que fué una invención esto del envenenamiento y de la equivocación de botellas, asegurando que murió de fiebre en su lecho. Ello es que en los Dietarios de los papas que se guardan M. SS. en el archivo del Vaticano, letra L., se lee la muerte de este pontífice como producida por enfermedad, y no se habla nada de veneno. Véase Papebrochius, Conat. Cronolog. parte II, pág. 143.—Artaud de Montor, Vidas de los papas.—Abarca en los Reyes de Aragón, tom. II, p. 143.—Ortiz, en las Notas á Mariana, edicion de Valencia.

(2) Este papa en su breve pontificado confirió á don Fernando el Católico la investidura del reino de Nápoles, y se mostró muy adicto al monarca español. Con este motivo Fernando escribió una carta á su embajador en Roma, don Francisco de Rojas, encargándole diese gracias al pontífice por el amor y buena voluntad que le mostraba y le asegurase de la suya. En ella le hablaba de los excesos de su antecesor Alejandro VI en los términos siguientes: «Direisle que hubimos mucho placer de que él fuese elegido en sumo pontífice, porque segun Alejandro su antecesor dejó fuera de órden las cosas de la Iglesia romana y muchas de la Iglesia universal, bien era menester que sucediese en la silla apostólica persona de tanta experiencia y prudencia como Su Santidad es, para que supiese conocer y enmendar los yerros de aquel, y restituyese á la silla apostólica y á la Iglesia la religion, órden y buenas y santas costumbres, como esperamos que S. S. hará con ayuda de Nuestro Señor... etc.»—Esta carta se inserta íntegra en el Semanario erudito de Valladares, tomo XXVIII, página 173 y sig.

Capitan en el campo de Viterbo. Sabido lo cual por el embajador español en Venecia, Lorenzo Suarez de la Vega, respondió con mucho donaire: *El duque de Nemours hubiera dado doble por no encontrarle en el campo de Cerinola.* Pero no llegó el caso de que se vieran estos dos guerreros. Una enfermedad que acometió al mariscal francés y que le acarreó la muerte, privó al ejército de aquella nacion de su mejor y mas acreditado caudillo, reemplazándole en el mando el marqués de Mantua, noble caballero italiano, experimentado en la guerra, pero cuyo genio no estaba á la altura del del capitan español con quien se iba á medir. Habian perdido los franceses mucho tiempo delante de Roma, y Gonzalo le aprovechó bien para reforzar su escasa hueste con las tropas que pudo reunir de Calabria. Sin embargo, halló en Gaeta una resistencia á que no estaba acostumbrado. Hacíanle de la plaza un fuego mortífero: una bala de cañon le arrebato á su amigo don Hugo de Cardona, uno de los vencedores de Aubigny en Seminara, con quien el Gran Capitan estaba hablando. Habia llegado á la plaza el marqués de Saluzzo con cuatro mil hombres, y Gonzalo tuvo por conveniente alejarse un poco del campo de Gaeta y retirarse á Castellone, donde supo que los franceses habian pasado el Tiber.

Todas las fuerzas del Gran Capitan, incluidos dos ó tres mil españoles, italianos y alemanes que el embajador Francisco de Rojas pudo reclutarle y enviarle de Roma, no pasaban, ni llegaban tal vez á doce mil hombres. Triple por lo menos era el número de los franceses, contando con la guarnición de Gaeta; la artillería y caballería de estos aventajaba en mucho á la española; Gonzalo tenia su mayor confianza en el valor, la firmeza y la disciplina de su infantería, amaestrada por él mismo. De todos modos no era prudente aventurar una batalla en campo raso con fuerzas tan desiguales. Discurrió pues, mientras no le llegaran mas refuerzos, tomar una posición en que pudiera contener la marcha del enemigo, y se situó á orillas del rio Garillano, en un lugar llamado San German, defendido por las dos fortalezas de Monte Casino y Roca Seca, cuya defensa encomendó á Pizarro, Zamudio y Villalba (octubre). Pronto se divisaron las columnas francesas, que vadearon el rio se presentaron orgullosamente delante de Roca Seca. El marqués de Mantua envió por un trompeta á requerir á los capitanes españoles que saliesen á pelear si querian ser hechos pedazos. La respuesta de los españoles fué coger al trompeta y ahorcarle de un olivo. Entonces comenzó un furioso combate contra el fuerte, pero rechazados siempre los franceses en todos sus ataques con no poca pérdida, tuvo á bien el de Mantua retroceder y reparar el rio, para volverle á cruzar otro dia por otra parte, y dar nuevas acometidas sin alcanzar mas ventajosos resultados.

Larga tarea sería, y mas propia de una historia particular que de la nuestra, describir los repetidos combates que en todo aquel mes de octubre sostuvieron Gonzalo y sus valerosos capitanes á orillas del Garillano contra todo el ejército francés casi siempre con igual éxito, desesperando al marqués de Mantua y á sus generales. Determinó ya este descender hasta la desembocadura del rio, construir un puente de barcas al abrigo de su artillería que dominaba el terreno bajo de la parte opuesta, é inutilizaba los esfuerzos que por estorbarlo hacian los pocos españoles que en ella se hallaban. Concluido el puente (6 de noviembre), y acometida y dispersada la pequeña guardia española, apercibido Gonzalo del peligro por los dispersos, monta á caballo, hace tocar el clarín de batalla, recorre á galope las filas, ordena las huestes, y marchando él delante de todos y siguiéndole Fabricio Colona, Navarro, Paredes, Zamudio, Andrade y Moncada, va á encontrar á los franceses, y Gonzalo toma una alabarda de sus soldados. Colona se precipita el primero sobre ellos, y los hace retroceder sobre el puente. Revolvieron allí unos con otros peleando brazo á brazo, y haciendo inútil la artillería enemiga en aquel trance, porque hubiera hecho igual estrago en los unos que en los otros. Muchos cayeron precipitados en el rio, cuyas aguas se vieron cubiertas de hombres y caballos, ó muertos y arrastrados por la corriente, ó moribundos que pugnaban en vano por ganar la orilla. Pero los franceses podian ser fácilmente reforzados, mientras las columnas españolas que acudian en

auxilio de los del puente recibian al descubierto los tiros de la artillería francesa, y bien que los sufriesen con tan poco cuidado de sus personas cual si fuesen, como decia el marqués de Mantua, «espíritus aéreos y no hombres de carne y hueso,» el estrago era grande, y faltos de apoyo los del puente y rendidos de cansancio y de matanza, abandonaron aquel al enemigo, que no hizo sino retirarse á su campamento (1).

Habia dicho antes el marqués de Mantua á Ivo de Alegre: *No sé cómo os dejasteis desbaratar en Cerinola por aquella canalla* (así llamaba á los españoles). Despues del combate del puente le decia Alegre al de Mantua: *Estos son los españoles que nos desbarataron; considerad ahora lo que es esa canalla que decís.* La prueba en verdad habia sido sangrienta, y absteniase ya el de Mantua de tomar la ofensiva, mientras los campeones españoles solian salir á retar á los franceses á cuerpo descubierto en el puente mismo. Un dia, picado García de Paredes por algunas expresiones del Gran Capitan, se apeó de su caballo, embrazó un yelmo, tomó un montante, y se entró solo por el puente, diciendo en altas voces que allí estaba para hacer prueba de su persona con los que quisiesen pelear con él. Acudieron bastantes franceses, defendiase de ellos el campeón español con admirable bravura, y al fin se retiró ileso, protegido por algunos soldados que fueron en auxilio de su capitan. La cobardía ó la traición se castigaba en el campo español horriblemente. O por lo uno ó por lo otro se apoderaron un dia los franceses de la torre del Garillano, fortaleza que podia defenderse con solos diez hombres. Los que la habian rendido se presentaron en el cuartel de Gonzalo dando mil excusas, y fué tanta la indignación que causó en los soldados aquel acto de traición ó de cobardía, que con sus picas hicieron pedazos á todos aquellos miserables que no habian sabido morir en su puesto. Gonzalo vió en esto la resolucio de que estaba animada su gente, y no lo castigó.

Observábanse los dos ejércitos de uno y otro lado del rio, y toda Italia, ó por mejor decir, toda Europa tenia la vista fija en ellos. El terreno que ocupaban los españoles era bajo y pantanoso. Las grandes lluvias que sobrevinieron hicieron salir de su cauce el Garillano, y sus aguas acabaron de convertir el campamento en un lodazal: á fuerza de ramas de árboles, de piedras y de maderos podian los soldados poner un débil reparo á las aguas, que ó rebalsaban ó crecian. Las miserables chozas que levantaban eran destruidas por los vientos y los aguaceros de un invierno crudo: los viveres escaseaban, faltaban las pagas y picaban las enfermedades. No solamente los soldados, sino los mas valientes capitanes sentian decaer su ánimo en tan deplorable y triste situacion, y los Colonas, Mendoza y otros de igual crédito juzgaron prudente exponer á su general lo insoportable de aquel estado, suplicándole que por lo menos hasta que templase el rigor de la estacion levantara el campo, y diera un alivio á sus tropas pasando á Capua, donde habia cuarteles y mejor proporcion de mantenimientos. Gonzalo les dejó hablar, y luego que concluyeron, *permanecer aquí*, les dijo, *es lo que conviene al mejor servicio del rey y al logro de la victoria; y tened entendido que mas quiero la muerte dando dos pasos adelante que vivir cien años dando uno solo hácia atrás.* La severidad de la respuesta convenció á jefes y soldados de que no les quedaba otro remedio sino sufrir y esperar. Solo mitigaba su sufrimiento el ver al Gran Capitan tomar parte en las fatigas, en los padecimientos y en el servicio como el último soldado. Su ejemplo los hacia enmudecer. Gonzalo confiaba en la robustez y en la constancia de los soldados españoles; estaba seguro de su adhesión, y esperaba triunfar á fuerza de sufrir.

El terreno que ocupaban los franceses era mas elevado y menos insalubre, tenian donde guarecerse, y se distribuian y

(1) Crón. del Gran Capitan, lib. II, c. 106.—Paolo Giovio, Vite Illust. Vir.—Guicciardini, Ist., lib. VI.—Garnier, Hist. de France, t. V.—Bernaldez, Reyes Católicos, c. 188.—Mártir, Opus Epist. ep. 269.—Zurita, Rey don Hernando, l. V, caps. 57 á 60.—Abarca, Reyes de Aragón, tom. II, Rey XXX, c. 14.—Quintana, Vida del Gran Capitan, pág. 286 y siguientes.

albergaban por los lugares comarcanos. Pero escaseábanles los viveres por la mala fe ó la mala administracion de los contratistas y proveedores, y la crudeza de la estacion se les hacia insoportable. Resueltos y decididos los soldados franceses para acometer y pelear en batalla, pero poco sufridos en las privaciones, trabajos y penalidades que exigen paciencia y robustez, desfallecian pronto, y la intemperie y las enfermedades hacian en ellos mas estragos que en los españoles. El descontento les hacia prorumpir en quejas y acusaciones contra el marqués de Mantua, de quien nunca habian sido devotos; los soldados se insolentaban con él y le insultaban con difamantes epítetos, y los jefes mismos, aunque en términos menos groseros, le dirigian atrevidas increpaciones, que al fin obligaron al de Mantua á resignar el mando y abandonar un ejército que así menospreciaba su autoridad. Sucedióle el marqués de Saluzzo, italiano tambien, pero que gozaba reputacion de inteligente y activo. La primera operacion fué fortificar la punta del puente, y su primer cuidado restablecer la disciplina y la subordinacion; sin embargo, el marqués de Mantua habia dejado algunos adictos en el ejército, y los descontentos del cambio se desertaban sin que bastara la vigilancia del nuevo jefe á contenerlos.

Habian negociado en este intermedio entre el Gran Capitan y Francisco de Rojas, embajador en Roma, traer á su partido la poderosa familia de los Ursinos, enemiga mortal de los Colonas que estaban al servicio del monarca español y de Gonzalo. Y negociáronlo tan á satisfaccion, que reconciliadas las dos ilustres y rivales familias, se presentó en el campamento español á la cabeza de tres mil hombres el jefe de los Ursinos Bartolomé Albiano, militar valiente y experto, el cual desde luego comenzó á excitar á Gonzalo á que aprovechando el refuerzo que le llevaba tomara la ofensiva y atacara al enemigo en sus mismos reales. El plan de Albiano era echar un puente para cruzar el rio á cuatro millas mas arriba de donde tenian el suyo los franceses. Gonzalo calculó sus fuerzas, contando con las bajas que suponía habria tenido el enemigo; aprobó el plan de Albiano, y le encomendó la obra del puente. Con prodigiosa celeridad y no menos admirable silencio se echaron sobre el rio barcas, toneles y ruedas de carros, trabado todo con maromas, y la noche del 27 de diciembre se hallaba ya transitable. Gonzalo dispuso lo demás, y pasó el rio la mayor parte del ejército. A la mañana siguiente se encaminaba al campamento francés. Llevaban la vanguardia Albiano, Paredes, Pizarro y Villalba: guiaba el centro el Gran Capitan; la retaguardia, que quedó del otro lado del rio, al mando de Andrade, habia de cruzarle por el puente mismo de los franceses, forzando el fuerte que defendia su cabeza.

Todo se ejecutó así. Nada podia sobrecojer mas al marqués de Saluzzo que la noticia que recibió de que el ejército español habia cruzado el rio y avanzaba rápidamente á su campo. Fáltóle tiempo para reunir su gente y disponer con la mayor precipitacion su retirada á Gaeta. Temeroso Gonzalo de que se le escaparan, envió delante á Próspero Colona con la caballería ligera para que les embarazara la huida. Los franceses se retiraban en buen órden, pero costábales inmenso trabajo arrastrar la artillería gruesa por un terreno fangoso y movedizo. Colona alcanzó la retaguardia enemiga, mas como en ella fuesen Bayard, La Fayette, Sandricourt y los mas briosos caballeros franceses, era forzoso sostener frecuentes y personales combates en los pasos mas difíciles y estrechos. Llegaron así los franceses al puente que está delante de Mola di Gaeta. El marqués de Saluzzo mandó hacer alto en aquella fuerte posición para hacer frente al enemigo. Allí se trabó una lucha terrible. Los caballeros franceses arremetian denodadamente á las filas españolas. Bayard, el caballero sin miedo y sin tacha, siempre en el puesto de mas peligro, perdió tres caballos, y en una ocasion se adelantó tanto que con mucha dificultad pudo librarle de caer en manos de los españoles su amigo Sandricourt dando una carga vigorosa. Estos combates dieron lugar á que llegara Gonzalo con sus hombres de armas á tiempo de sostener las vacilantes columnas españolas. Á la presencia del Gran Capitan se reanimaron los nuestros. Hubo un momento de sobresalto general. El caballo de Gonzalo resbaló y cayó con su jinete: felizmente se levantó